

Trabajar con comunidades requiere una profunda transformación de nosotros mismos y de las organizaciones en las que trabajamos.

Para Bárbara Santos, esa transformación ha estado mediada por la construcción de un modo de escucha que implica todo el cuerpo. Entender esa continuidad que hay entre cuerpo-territorio requiere la construcción de otro aparato perceptivo, otros modelos cognitivos. En su charla, Bárbara nos cuenta algunos ejemplos específicos sobre cómo ha trabajado entre los saberes ancestrales y las lógicas del arte contemporáneo. Por ejemplo: el problema de la autoría colectiva, cómo hacer un libro que active y permita la oralidad, y cómo deconstruyó esa idea de que uno va a un territorio a “ayudar”.

Este primer capítulo de charlas se llama "Hacer en contexto" y reúne a artistas y curadores que han realizado proyectos que involucran a otros, que han trabajado desde y con comunidades específicas, y/o desde saberes indígenas.

Este se pensó como una manera de enriquecer la discusión en este momento en el que hay un creciente interés por estos temas/metodologías/estrategias/territorios. Quienes tienen experiencia en ellos ¿Cómo han enfrentado dilemas éticos y epistémicos en este camino? ¿Qué formas de trabajo han desarrollado para enfrentar estos retos? ¿Cómo los artistas/curadores han encontrado modos de hacer éticos y poéticos para compartir saberes de las culturas con las que trabajan? ¿Qué debe ser transformado en nuestros formatos, estructuras y lugares de enunciación? ¿De qué manera trabajar con comunidades desde otros lugares que no sean los mesiánicos y coloniales de “dar voz o visibilidad”? ¿Por qué no se trata solo de “incluir”?

A continuación un texto de la escritora Dalia Velasco, que amplía un poco lo discutido en la charla con Bárbara:

**Más allá de la interpretación:
esbozo de la conversación con Bárbara Santos a propósito de *Curación como tecnología***

En el 2014 Bárbara Santos le preguntó a Davi Kobenawä Yanomami: ¿será necesario hablar de tecnología occidental y ancestral? Él dijo que sí, entonces *Curación como tecnología* comenzó (IDARTES, 2019). Después de varios años de reconfiguración de su pensamiento y comprensión del mundo en compañía de sabedoras/es y del saber intrínseco del territorio como parte del proceso de coedición de *Hee yaia godo-bakari: el territorio de los jaguares de Yurupari* (ACAIP1 - FGA, 2015), Bárbara Santos comienza en el 2014 el proceso que se manifestó en *Curación como tecnología*. Este libro vivo, que funciona como tejido de retazos que contiene diálogos profundos con sabedoras y sabedores del río Pirá Paraná, surge de una necesidad personal por integrar su experiencia como artista en dos territorios separados geográfica y culturalmente: por un lado, su ejercicio de escucha atenta en un territorio que posee la fuerza del saber ancestral de un río que la comunidad resguarda; por

¹Asociación de Capitanes y Autoridades Tradicionales Indígenas del Río Pirá Paraná.

otro lado, su trabajo en Bogotá como profesora de artes y tecnologías en un contexto donde la experiencia humana y sensible adquiere otro valor.

Desde esta posición como intermediaria, Bárbara propone hablar de la curación como tecnología en un intento por aproximar experiencias que podrían verse de forma contradictoria si la palabra tecnología no estuviese en el medio. En la búsqueda de este diálogo, se presenta la visión de la comunidad del río Pirá Paraná, otras regiones tucano oriental y Yanomami, así como de personas mestizas, para quienes la curación no consiste únicamente en la manera de cuidar, sino que está presente en la regeneración de la vida que hace posible la vida: es un saber de ellos que no puede traducirse y que está atravesado por el cuerpo a través del cual, por el ejemplo, la niña crece con la ayuda de todas las agencias del territorio presentes en la danza, alimentos y demás saberes. A su vez, se contrasta la visión de lo que la tecnología es para la ciudad: un proceso donde la salud se relega a las máquinas y a través del cual se sofistican procesos militares, científicos y electrónicos; es decir, tecnologías que no atraviesan el cuerpo porque no han sido concebidas para curar. De esta manera, el uso de la palabra tecnología —tan grande que se vuelve pequeña por su mismo tamaño— no es algo banal: es algo que nos atraviesa aunque no podamos entender y que los sabedores hace mucho tiempo intentan hacernos llegar. Tomar lo que llevan años entregándonos sin el cuidado que esto amerita, solo alimenta la incapacidad de ver su grandeza y la tendencia a concebirlo como una nimiedad. Por eso preguntarse qué hacer con la información y el conocimiento recibido fue un interés vital del proceso: que la tecnología del libro esté al servicio de la oralidad y dé paso a conversaciones donde el flujo de los saberes circule.

Antes de iniciar el proceso de *Curación como tecnología*, Bárbara tuvo que tomar una decisión vital: si se aproximaba al proceso como una testigo o si hacía parte de él abriéndose a la escucha de la selva, del río Pirá Paraná y de la gente que acompaña el territorio desde hace mucho tiempo. Decidir abrirse implicó un trabajo interno difícil, fuerte y profundo de dejar ir cosas para rehacerse, y así dar paso a una transformación absoluta de vida y a una nueva comprensión del mundo. Ser parte del proceso implicó dejar la idea de “voy a hacer un libro” y aceptar que hay lugares en los que uno desconoce el nombre del río, no entiende las plantas, ni la sincronía del sonido, ni cómo fluye el lenguaje. De ese lugar de entrega nace la escucha que detiene todo el cuerpo y que excluye cualquier proceso intelectual: sentir el flujo de las corrientes, bañarse en el río, atender el movimiento de las personas. Es un silenciarse por dentro para entrar en sincronía y, de esa forma, participar de una escucha colectiva. De esa manera se comprende con el cuerpo que el territorio es una fuerza viva que permite que los sabedores/sabedoras puedan traducir el conocimiento y que quien está en su presencia, al mismo tiempo, pueda caer, llorar y preguntar. A veces esa misma sincronía con el territorio hace que las personas y las cosas se detengan porque todos están integrados en esa misma fuerza. Cuando se trabaja desde este lugar no se hacen obras ni productos, sino que el proceso guía lo no planeado que aparece y lo planeado que desaparece para dar paso a un tejido colectivo.

Aproximarse a un territorio sin ser extractivista también es algo que se debe aprender. Aunque no existe metodología o fórmula a seguir, algo es determinante: si no se está en sintonía con el lugar no es posible saber hasta qué punto se está siendo extractivista. Bárbara pregunta: “¿uno llega a un lugar para qué?”. A veces se trae una canasta de ideas de lo que puede pasar o de lo que la gente podrá decir, pero cuando la gente toma esa

canasta y la mira solo dice “gracias” y la deja de lado. Por eso es necesario preguntarse: ¿qué tengo que hacer?, ¿cómo puedo colaborar?, ¿con qué personas tenemos que aliarnos para que el trabajo esté en sintonía con el proceso del territorio? Ocurre a menudo que las personas contactadas en primera instancia son aquellas que conocen muy bien cuál es el discurso institucional que debe dar, mientras que el sabedor/sabedora —activador de las tecnologías de curación prehumanas y el conocedor de la vida en el territorio— está en la maloca. En ellas/os está el saber que puede guiar cualquier proceso, y para eso es importante que haya transparencia en relación con la propia ignorancia, disposición para aprender a escuchar con el cuerpo y responsabilidad con el saber que ha sido entregado. Bárbara recuerda la pregunta que un sabedor le hizo: ¿por qué tenemos que contestar lo que ya contestamos hace 30 años?, ¿qué pasa con esa información que di? A dónde va la información que recogemos es una pregunta cada vez más necesaria.

Aunque el proceso está lleno de dificultades que se relacionan con el territorio y al mismo tiempo excede el mismo, tales como la discusión en torno a la autoría en la que el nombre de un autor se prioriza sobre el trabajo colectivo hecho por decenas de sabedores/as o la discusión en torno al uso obligatorio de lenguas oficiales para la publicación de libros en las que no se contempla el uso de lenguas indígenas, Bárbara enfatiza en algo más: “algo que los artistas podemos hacer es no interpretar”. Comenzar a reconocer que muchas cosas transcurren en otro orden y apuntan a otros sentidos evita que se realicen cosas que pueden ser dolorosas; es decir, eso que se llama acción con daño. Comenzar a reconocer que la ancestralidad habla de gobernanza y salud en eso que nosotros vemos como artes —en eso que va más allá de las formas de una danza— es vital, y para ello es importante reconocer la propia ignorancia; decir: “cogí esto, no entiendo nada, entiendo la mitad, y lo cogo y así lo presento”. Hay que abrazar la ignorancia con transparencia y cariño porque, a veces, “las cosas más lindas están más cerca al corazón de uno”.

Por último, Bárbara cierra con la experiencia que la abrió a un entendimiento más allá de la interpretación y le permitió comprender la relación entre cuerpo-territorio-maloca: “Una vez estaba con Stephen en el río y él estaba traduciendo lo que decía un sabedor, entonces le pedí que tradujera de forma literal lo que estaba diciendo, sin interpretar. Cuando él hizo la traducción literal me di cuenta de que el abuelo estaba diciendo algo que no tenía nada que ver con lo que llevábamos haciendo desde hace 12 años. Él estaba narrando a cada animal, desde el más pequeño hasta el más grande, para narrar el territorio; él estaba narrando el territorio de otra manera. Y eso tiene que ver con el cuerpo de uno, con la maloca, con una red fractal que no comprendemos y que es magnífico que ellos puedan guardarlo. La maloca misma es la escuela: puerta, salida, forma de moverse. Todo tiene un orden porque es un fractal del bosque y del territorio, y cualquier cosa que uno hace afecta su trabajo. Y luego uno termina riéndose de las cosas que uno hace. Por eso el trabajo es escuchar y fluir, sin embargo eso requiere un proceso interno difícil de sanación con uno”.

Dalia Velasco